

ante el dilema —la parte culpable, dicen, era indivisible e inubicable— optaron por llevárselo entero y con las manos cruzadas.

Pero regresa y es desde aquí donde tarareo melodías tan ajenas al puente que, finalmente, palpando cada metro, sentándose luego, avanzando sin desaprovechar la máxima cantidad de puntos de apoyo, se acerca y queda contemplando la gran estructura.

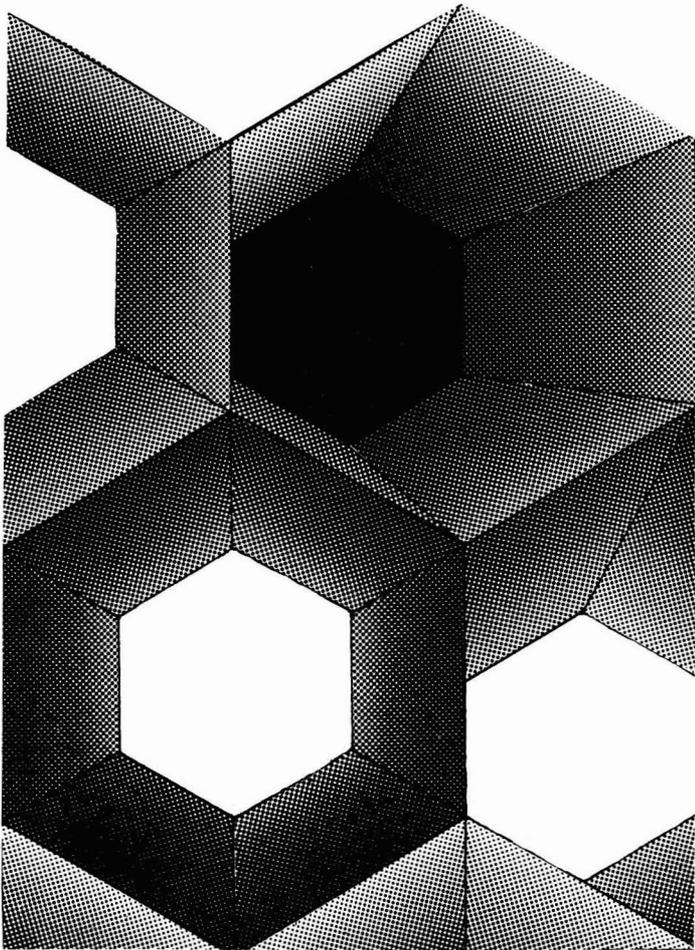
Un viaje —dice— viéndome: el tiempo nos dibuja como nos imaginamos una vez; desde la fuente que iremos a visitar el agua se remueve, cambia, es la misma. Antes de escuchar hablar de ellos señala la niebla —ese señor, la gran geometría—, de los que reglan, programan, revelan, tuvimos nuestra lágrima y nuestra risa. Verás, después nos miraremos sorprendidos por el viaje.

Estoy en el puente, aferrado al puente. No es vértigo, es nostalgia. La niebla se alza y me prendo a las volutas de un paisaje celeste. La tierra se extiende como un globo de tela en la que he pintado lo que quiero. Un hombre mitad árbol mitad mujer que ama, un viaje, unas palabras que no significan nada pero que al pintarlas hacen música.

Sobre todo distingo de la tierra una idea.

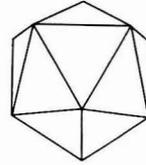
Y una nota, y risa suave, y encuentros estridentes.

El puente que comienza a girar lentamente en un zumbido. Rápidamente en el vacío. Velozmente en un grito de vértigo.



Elsa Cross

LA PRUEBA



Alguna tarde en la sacristía, el padre Benito les había hablado a Luis y a él de esas historias. Cuando Guillermo salió de la iglesia, después de ayudar a decir la misa de siete de la noche y vio a la mendiga sentada en la acera, replegándose contra el muro húmedo del templo, las recordó. Pero no fue sino hasta después cuando empezó a creer que tuvieran alguna relación con él y con esa mujer vieja y repulsiva.

Al pasar frente a ella, no le dio ninguna limosna porque sólo traía las monedas justas para tomar el camión hacia su casa y diez pesos que cada domingo le daba su papá.

Llegó a la parada del camión pensando en las pláticas del padre Benito sobre la caridad (*quien da a los pobres me da a mí*), considerando que ya cumplía bastante con su deber de monaguillo. Fue entonces cuando recordó las pruebas de Dios y la historia de San Julián, pero en ese momento se dio cuenta de que el camión que debía tomar se acercaba y trató de rechazar esas ideas.

Iba casi vacío y Guillermo se fue hasta el último asiento pensando aún en las historias que contó el padre Benito. Eran muchas, todas parecidas, pero la que más lo impresionaba era la de San Julián, que había recibido en su casa a un leproso y había cuidado de él. Y el leproso era un enviado del Señor (¿o el Señor mismo?) que al final reveló a Julián su identidad. Y la historia de San Martín y... ¿qué otros santos había mencionado el padre? Dios se valía de muchas cosas para probarnos, eso era lo cierto, como era cierto que Él o la Virgen o ángeles que ellos enviaban, a veces se hacían presentes en la tierra con formas miserables y tristes para

□ Elsa Cross

Nací en la ciudad de México en 1946. Por once años soporté un siniestro colegio de monjas. Fui suspendida varias veces por comunista, por hacer en clase una pregunta impertinente acerca de Alejandro VI, por irme de pinta, por leer libros prohibidos. Sin embargo, durante mucho tiempo oscilé entre el convento y la guerrilla. Antes de acercarme a la literatura me interesó seriamente la lucha política; pero nunca hice nada, sino atormentarme y coleccionar sentimientos de culpa y deseos de expiación. También me interesaban la pintura y la música.

Por fin, empecé a escribir en 1963 y fui miembro del grupo Mester. Al año siguiente entré a la UNAM a estudiar Filosofía. Más que lecturas, son decisivas en mis años de aprendizaje algunas experiencias, cosas que me han sucedido o que no me han sucedido.

He publicado en muchas revistas y suplementos. Hace dos años edité una plaqueta de poemas en prosa, Naxos, y estoy terminando un libro de poemas. No obstante me interesa más la narrativa. Tengo algunos cuentos —pocos— y un intento fallido de novela, pero hay cosas que yo nunca podría decir en un poema y otras que no podría decir en un cuento. Es obvio. Ergo, seguiré “cultivando” los dos géneros. Tuve un segundo lugar en un concurso de cuento que organizó el INJM en 1966 y este año recibí el premio “Diana Moreno Toscano”. Pero por lo pronto, lo único que voy a escribir en mucho tiempo será —oh desgracia— una tesis, y para mi mayor tristeza, ni siquiera de literatura.

probar si era verdadera la caridad de algunos hombres. Como también era cierto que a veces la salvación de las almas dependía de una sola prueba mandada por Dios tal vez en el momento menos esperado.

Guillermo consideró imposible que a él, que ni siquiera era un buen niño, Dios fuera a enviarle una prueba. Nadie podía saberlo. Verificó si traía los diez pesos en la bolsa del pantalón, pensando que no iba a tener más dinero hasta la semana siguiente. Hubiera sido absurdo dárselos, aunque pudo cambiar el billete y dejarle algo. Se propuso que el domingo próximo le daría dos pesos, ¿pero si ella no volviera a estar a las puertas del templo? La imagen de la mendiga empequeñecida y sucia contra el muro, volvió insistente, junto con la idea de que podía ser la Virgen o un ángel. Tal vez estuvieran ahí un rato muy largo, esperando caridad de los que pasaran, y aquellos que hubiesen cumplido, recibirían gracias especiales; tal vez la salvación.

Rechazaba cada vez más débilmente el recuerdo de la mendiga y de las pláticas del padre: la sacristía en penumbra, la voz difícilmente audible, la tonsura circundada apenas por finos mechones blancos, y las historias, una tras otra. El leproso pidió a Julián de comer y de beber y Julián compartió con él lo que tenía y fue santo. Luis también había oído la plática, pero si supiera lo que a él estaba ocurriéndole ahora, lo que pensaba, seguramente iba a reírse de él y le haría burla contándolo a todos en la escuela.

Guillermo vio que el camión se acercaba al lugar en que tenía que bajarse. Se levantó de su asiento y sonó el timbre. Era la misma calle de su casa; sólo dos cuerdas de distancia. Guillermo se quedó petrificado en el sitio exacto en donde había descendido del camión. Estuvo mucho rato ahí, confundido, angustiado, sin saber qué hacer ni a dónde ir. Empezó a caminar con lentitud sintiendo cada vez con más fuerza que debía, que le era necesario regresar al templo y dar la limosna, dar todo lo que llevaba. Llegó a la esquina pero no atravesó hacia su casa; quiso dar una vuelta a la manzana, hacer tiempo para encontrar una razón poderosa que lo hiciera dejar todo eso por la paz, olvidarlo. Vio que por la acera opuesta venía la sirvienta de su casa que seguramente había ido a comprar pan. Se ocultó detrás de un coche estacionado, dudando si la sirvienta lo habría visto. Al sentir que se había puesto nervioso y que se ocultaba como

si hiciera algo malo, se molestó, sabía que sus papás no iban a comprender lo que le había sucedido y que lo castigarían por llegar tarde y por dar de limosna todo su domingo.

Empezó a caminar hacia el templo, corriendo a tramos, con miedo de que al llegar allá la mendiga ya se hubiera ido. A pie, la iglesia estaba lejos: veinte o veinticinco cuerdas. Creyó que no llegaría nunca. Sentía ganas de llorar. Era posible que estuviera ante la prueba definitiva, aunque él hubiera querido que llegara después, cuando él fuera más fuerte, y en otra forma. Recordó al leproso, tal como lo había imaginado, descubriéndose a San Julián como un enviado del Señor; pensó en la mendiga, transfigurada, diciéndole frases parecidas. O tal vez no sucediera eso: lo que él iba a hacer no tenía comparación con lo que San Julián había hecho.

Faltaban aún cinco cuerdas para llegar al templo. Apretando el billete en la mano izquierda, Guillermo caminaba tan aprisa como le era posible. Había corrido ya mucho y de pronto se dio cuenta de su fatiga: un ardor intenso subía del pecho a la garganta, las piernas le temblaban; pensó que si se detenía, un momento, como hizo algunas veces al estar jugando, el cansancio sólo se acentuaría más.

Guillermo veía pasar luces de automóviles, gente que lo miraba con sorpresa (alguien le preguntó que si se había perdido o le pasaba algo), casas, árboles confusos. Todo le parecía distinto y era ajeno; todo era inmensamente tranquilo y estúpido.

El corazón le latía con fuerza, aunque no pudo precisar si era por la fatiga o por la angustia que se había ido acrecentando. Casi llegaba. Dobló en una esquina y tuvo ante él la pequeña plaza que estaba frente al templo. Había ya mucha gente congregada ahí, como todos los domingos, y la banda municipal tocaba desde el kiosco. Atravesó la plaza y antes de cruzar hacia la iglesia pudo ver a la mendiga en el mismo sitio. Llegó corriendo hasta donde se hallaba al tiempo que las campanas daban las nueve de la noche. La encontró medio dormida sujetando con debilidad una botella de aguardiente. La mendiga levantó el rostro hacia él con sobresalto y la botella rodó al suelo. Intentó alcanzarla, pero al ver que estaba vacía, se alzó de hombros y volvió a la postura anterior. Y fue entonces, que en medio de su desconcierto, Guillermo le extendió el billete.

